

ALDEA
LITERARIA

La
habitación
adoptiva

ANTONIA MICHAELIS

adoptiva



**ALDEA
LITERARIA**

La
habitación
ANTONIA MICHAELIS **adoptiva**



Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani
Editora de la colección: Karina Echevarría
Traductora: Alejandra Obermeier
Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum
Diagramación: Paula Lizarazu
Corrector: Mariano Sanz
Foto de la autora: © Fotoestudio Köhler
Imagen de tapa: Thinkstock
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Michaelis, Antonia
La habitación adoptiva. - 2a ed. 2a ed. - Boulogne: Cántaro, 2014.
168 p.; 20 x 14 cm - (Aldea literaria)

Traducido por Alejandra Obermeier

ISBN 978-950-753-306-8

1. Narrativa Alemana. 2. Novela. I. Obermeier, Alejandra, trad.
II. Título
CDD 833

Das adoptivzimmer © 2004 Loewe Verlag GmbH, Bindlach
© Editorial Puerto de Palos S. A., 2012
Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina
Internet: www.puertodepalos.com.ar
Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11 723.
Impreso en Argentina / Printed in Argentina
ISBN: 978-950-753-306-8

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Segunda edición, segunda reimpresión.
Este libro se terminó de imprimir en julio de 2014, en Servicio Industrial Gráfico S.R.L., Mansilla 649, Lomas del Mirador, provincia de Buenos Aires, Argentina.

La habitación adoptiva

ANTONIA MICHAELIS



capítulo 1
**En el que se produce
un choque y se descubre una puerta**

Debí haberlo sabido.

Me llamo Juan, tengo once años, y aquel día de las vacaciones de verano en el que Carlos me persiguió con esa miga de pan pegajosa, debí saber que mi vida cambiaría para siempre.

Pero no lo sabía. No lo supe cuando me levanté. No lo supe cuando miré por la ventana en dirección al parque, desde donde aún seguía ascendiendo la neblina de las praderas.

Ni siquiera lo supe cuando le corrí la manta a Carlos para que no quedara tirada hasta la Navidad del año siguiente.

Si esto fuera una historia inventada por mí, la contaría de un modo completamente distinto. Comenzaría mi relato contando que la noche anterior había tenido un sueño extraño...

Pero no lo tuve.

En ningún momento me sentí sublime o expectante. En cambio, descendí las escaleras desde el primer piso en forma tan precipitada como de costumbre para poder llegar al salón del desayuno antes que Carlos. Este salón formaba parte del asilo de huérfanos en el que Carlos y yo vivíamos.

Era un asilo común y corriente. Bueno, en realidad tampoco sé cómo es un asilo fuera de lo común. Al menos el nuestro estaba bien.

Tenía un parque grande con manzanos, una sala para mirar televisión y un sótano donde podían celebrarse fiestas, además de una innumerable cantidad de habitaciones pequeñas y muy bonitas, con dos o cuatro camas.

Y, por supuesto, una horda de adultos que controlaban que no hiciésemos un fogón en las habitaciones pequeñas y muy bonitas, que nos laváramos los dientes y que subiéramos todas las mañanas al transporte escolar.

Algunos de esos adultos, como María, por ejemplo, eran muy agradables. Pero no eran nuestros padres.

Eso era lo que nosotros deseábamos: unos padres grandes y fuertes. Un padre que fuese piloto de avión, maquinista o premio Nobel, y una madre que horneara pancitos con pasas y que pudiera torcerles el pescuezo a los profesores. Hermanos no hacían falta.

Esa mañana, Carlos amasó un barquito con miga de pan, le puso ojos de buey de mermelada y todo eso, y lo echó a nadar en su taza de leche chocolatada.

—Juan —anunció—. Ya me decidí. Voy a ser marino.

—¿Marino? —le pregunté, incrédulo, mientras observaba cómo el bote de pan iba absorbiendo la leche y se hundía lentamente.

—Sí, obvio —dijo Carlos—. Y luego descubriré el duodécimo continente. Yo solito. No se necesitan padres para eso.

—¿Cuáles son los otros once continentes? —le pregunté con desconfianza—. No hay tantos.

—Todavía no —concedió, sonriendo con picardía—. Pero para entonces, seguro que alguien habrá descubierto algunos más.

—Eres un tonto —le respondí en tono amistoso.

—¿Así que soy un tonto?

Carlos se tomó su tiempo para rescatar el bote medio hundido dentro de su taza y se balanceó para arrojármelo. Pero yo no me quedé esperando a que lo hiciera.

Me levanté de un salto mucho antes, pasé por debajo de la mesa para volver a aparecer del otro lado y salí corriendo.

—¡Espera! —oí gritar a Carlos detrás de mí. Algún adulto intentó detenernos, pero nos escurrimos de entre sus brazos y atravesamos los pasillos entre risitas, corriendo de un extremo al otro a la velocidad de un rayo.

En algún momento tomé una curva y de golpe me topé con la puerta que daba al parque, que se extendía detrás de la casa con todo su verdor bajo el sol del verano...

Estaba tan ocupado escapándome, riéndome y disgustándome, que ni siquiera me di cuenta de que allí había alguien parado.

En la puerta.

Recién me di cuenta cuando lo atropellé.

Se trataba de un hombre, un hombre bastante alto; pero yo venía con tal impulso que lo tiré al suelo. Durante unos instantes quedamos los dos tendidos sobre el sendero de gravilla.

—Yo... yo —balbuceé, al tiempo que me incorporaba, jadeante—. Lo siento, yo...

El hombre examinó sus manos y se arrancó un par de piedritas pequeñas y puntiagudas que se le habían clavado. Su cabeza estaba enmarcada por unos rizos negros. Me miró con sus ojos grises, serios.

—¿Y tú eres...? —inquirió.

—Ju... Juan —balbuceé—. Me... me llamo Juan.

El hombre asintió.

—Yo soy Pablo. Y esa que está allá —agregó, señalando hacia la puerta de calle con el brazo extendido— es Inés.

Miré hacia la puerta. Allí estaba María, acompañada por una mujer extraña. María había logrado atrapar a Carlos y lo había rodeado con sus brazos para que él no pudiera volver a zafarse.

La mujer extraña era menuda, delgada y pálida. Tenía millones de pecas, y sus cabellos rojizos se le ensortijaban en la nuca como un caracol rebelde.